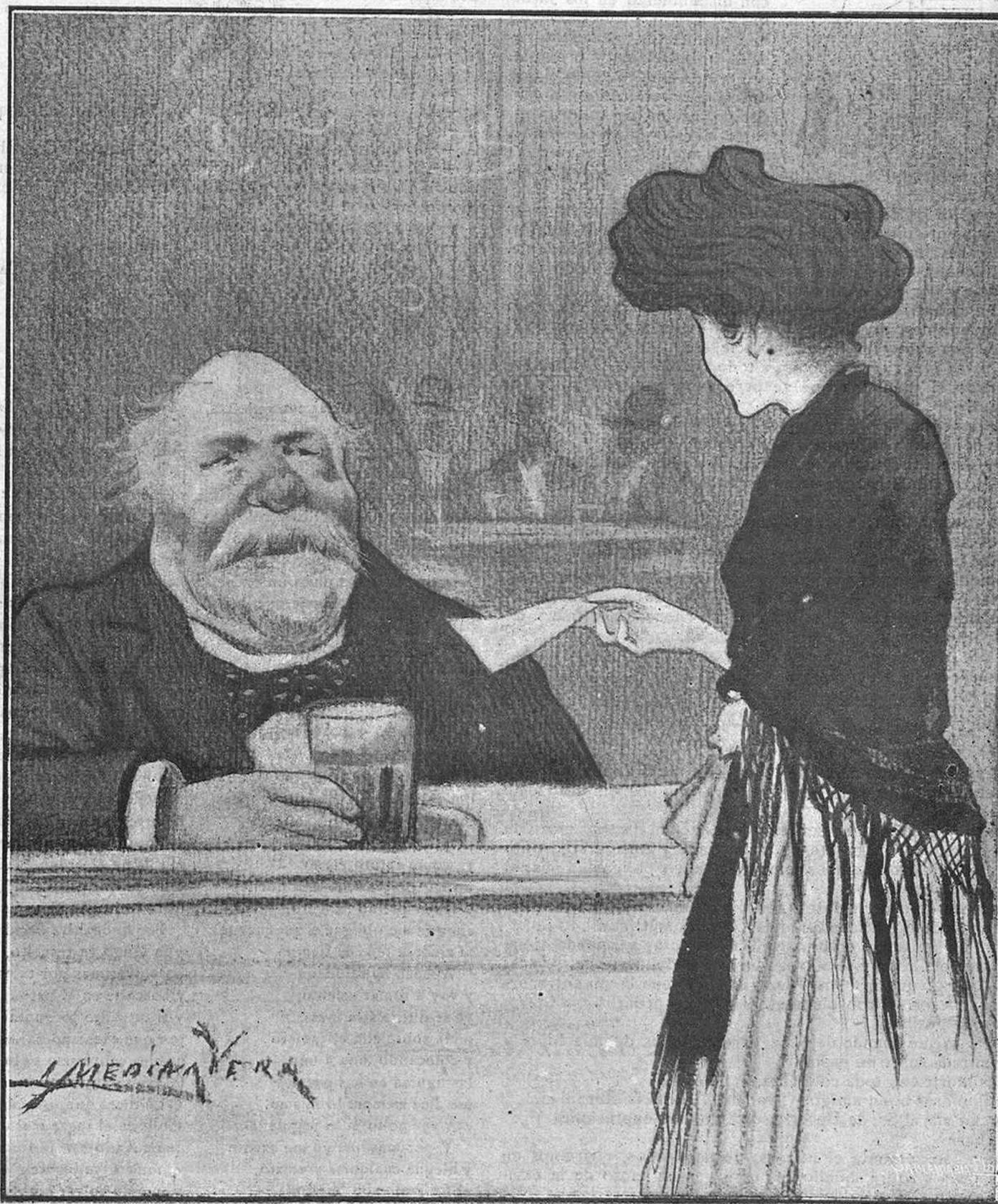


Madrid Cómico

DIRECTOR: JOSÉ DE LA LOMA



El de la suerte, por MEDINA VERA



—¿Señorito, quiere usted el gordo?
—¿Lo quieres tú, monina?

15 CÉNTIMOS

SUMARIO

TEXTO: De todo un poco, por Luis Taboada.—¡Me retiró! por Félix Limendoux. Desde la primera caja, habladurías teatrales, por *Un paisano de Ramón*.—El músico, por Manuel Soriano.—¿Original?... por Alberto Lozano.—Cuento viejo, por Julio González Hernández.—Botones de fuego, por Tomás Carretero.—Rasguños, por Nicolás de Leyva.—Libros recibidos.—Correspondencia particular.—Anuncios.

GRABADOS: El de la suerte, por Medina Vera.—Cuento militar, historieta, por *Cáspita*.—A veces las apariencias..., historieta, por Prejelán.—El que la sigue... se estrella, historieta, por Santana Bonilla.—Los cinco millones, por Karicato.—Calaverada, por Méndez Álvarez.



DE TODO UN POCO

Los admiradores del brillante novelista Blasco Ibáñez le obsequiaron el domingo último con un almuerzo en los Jardines del Retiro, y la fiesta, según han contado los periódicos, resultó animadísima y brillante.

Yo, que admiro como el que más al escritor insigne, no he podido acudir para llevar mi parte alcuota de entusiasmo a aquella manifestación mereci-

dísima y necesaria, aquí donde la política todo lo absorbe, en perjuicio de las letras.

Pero ya que los hados me han impedido asistir, quiero expresar ahora públicamente mis sentimientos de sincera y profunda admiración al amigo querido, declarando de paso, que soy víctima del reuma.

Esto podrá tener sin cuidado a los lectores de MADRID CÓMICO, pero a mí me duele y por eso lo cuento.

Yo no sé a qué atribuirlo, pero la verdad es que el mal me ataca cuando estoy más descuidado; ora sé me fija en un hombro, ora en el pecho, ya en una pantorrilla, ya en un vacío, etc.

—Tome usted el ióduro de potasa a todo pasto—me decía un señor aficionado a la medicina que se parece por dar remedios y reventar granos.

—Lo que debes hacer es darte unas friegas con un cepillo, hasta que se te quede el hombro en carne viva, y encima le pones un redaño de carnero—dice una señora que me conoce desde chiquitín.

—Lo mejor es que se ponga usted un traje de bayeta amarilla—añade un señor serio que cree saberlo todo.

—¿Tiene que ser amarilla precisamente?

—Si no es amarilla no sirve.

Yo sigo las indicaciones de todo el mundo y a fuerza de unturas huelo a demonios y ando forrado de bayeta, como los violines.

Con mi traje amarillo debo estar horrible, pues la otra mañana entró en mi alcoba la doméstica a llevarme el chocolate y lanzó un grito de espanto. Después se fué al comedor diciendo:

—¡Ay, Dios mío! Yo no vuelvo a entrar allí.

—¿Qué sucede?—la preguntaron.

—Que en la cama del señorito hay una máscara.

Con motivo del choque de trenes en la línea de Córdoba, ha vuelto a hablarse de la triste existencia que arrastran los empleados de ferrocarriles.

Hay hombre que tiene que ser jefe de estación, factor, mozo de equipajes, expendedor de billetes, guarda-agujas y ama de cría, pues su esposa está baldada de ambos remos y él se ve obligado a fajar al niño y darle el biberón.

¿Cómo no han de ocurrir desgracias si hay una sola persona para todas las operaciones, ya sean ferroviarias ya domésticas?

El público ha llegado a enterarse de estas cosas y cuando tiene que viajar reza el Credo y se entrega en brazos del destino.

—Mañana tengo que ir a Aranjuez—dice uno con la voz entrecortada por los sollozos.—Probablemente llegaré en pedazos.

—Sí, es muy posible.

—Te encargo que cuando deje de existir cuides de mis hijos y echas una mirada sobre mi esposa.

—Puedes morir con toda confianza.

—Ya sé que eres buen amigo. Vaya, abur. Hasta la eternidad.

—Si ves por allá al Sr. de Becerra, dale muchas expresiones.

—Así lo haré.

Mientras no se aumente el número de empleados, viviremos en perpetua alarma y habrá aquello de ver llegar un mozo de la estación con la cara triste, conduciendo un bulto y preguntarle:

—¿Qué bulto es ese?

—No es bulto; es el señor

—¿Qué señor?

—El amo de esta casa. ¿No había salido para el Escorial?

—Sí.

—Pues nada, el tren descarriló y aquí le traigo a ustedes los residuos del viajero.

—¡Cielos! ¡La cabeza de papá!—dirá una de las hijas mesándose los cabellos con desesperación.

—¿Qué veo?—exclamará la madre.—¡Una pantorrilla de mi Aquilino! Sí, sí; es la suya; la reconozco por los calcetines...

Y mientras esto ocurre, los diputados seguirán discutiendo con frenesí acerca de la actitud de Gamazo, y de las frases pronunciadas por Sagasta en el comedor, mientras se comía una pera.

—Lo principal es saber si D. Práxedes está de acuerdo con Montero Ríos—dice un diputado.

—Eso es de gran importancia—añade otro.

—D. Práxedes guarda profunda reserva en este punto. En cambio, ha estado muy explícito en lo referente a la conveniencia de entrar en el poder.

—¿Sí? ¿Ha dicho algo sobre eso?

—Yo mismo lo oí de sus propios labios. Estábamos en el comedor Gorrínez, Tránchez y un servidor, viendo cómo el jefe comía un poco de queso de bola con pan. En la hora de los postres... Gorrínez se atrevió a preguntar al jefe:—«¿Durará mucho esta situación?» Y D. Práxedes, levantando el queso a la altura de la boca, contestó:—«Puede durar mucho y puede durar poco y viceversa». Después dijo Tránchez: «Lo que conviene es que se vaya pronto» y D. Práxedes dijo, dice: «En efecto».

—¿De modo que está decidido a heredar a Azcárraga?

—Eso creo yo.

—Permítame usted que le abrace.

—Abráceme usted.

—Vaya, vaya ¿conque la cosa es hecha?

—Así parece... ¿Hombre y qué me dice usted del choque?

—¿Qué choque?

—¿No ha leído usted lo ocurrido en la línea de Córdoba?

—Ah, sí; una desgracia, una verdadera desgracia... ¿pero usted oyó decir a D. Práxedes que está dispuesto a aceptar el poder el día que le llamen?

—Ya le he dicho a usted que sí.

—Pues esto es lo interesante; créame usted.

LUIS TABOADA

¡Me retiró!

—Te escribo estas cuatro letras, queridísima Consuelo, para explicarte el motivo de por qué a casa no vuelvo.

No es que yo esté incomodado, ni es que sienta horribles celos, pues me consta que me quieres tanto como yo te quiero; es que Dios te ha dado un padre que será muy buen sujeto, pero lo que es para un novio resulta el mayor tormento; pues con esa desmedida afición que tiene al juego es capaz, seguramente, de volver loco al más cuerdo.

Desde hace vidita mía, unos dos meses y medio que, ablandándose a tus súplicas, me otorgó el consentimiento de poder entrar en casa ya como futuro yerno, no ha transcurrido una noche, y sabes que no exagero, sin que me obligue a que juegue al ajedrez todo el tiempo

Apenas he saludado y voy a tomar asiento, ya se dirige a la mesa, pone sobre ella el tablero y colocando, una a una, las figuras en sus puestos, me dice siempre lo mismo: «¡A ver pollo, si le pegol!»

Y por más que yo me excuse y alegue cualquier pretexto, al fin y al cabo, hija mía no me queda otro remedio; y *jaque va, jaque viene*, pensando los movimientos, ya me como yo una *torre* y el *alfil*, en cambio pierdo,

ya se come él un *caballo* (lo cual en él no es muy nuevo, porque sé que tiene un *apetito pantagruélico*), ya me amenaza la *reina* sin guardar ningún respeto y se merienda al *monarca* sin ver si es *blanco* ó es *negro*.

Dime tú si es tolerable sufrir con paciencia esto y si hay novio que resista lo que yo estoy resistiendo: no poder hablar contigo ni decirnos un momento esas cosas que nosotros nos decimos en secreto, no mirarme en tu mirada contemplándote en silencio, ni poder furtivamente besarte en un solo dedo...

Porque en cuanto me distraigo me llama al orden el viejo y tengo que estar pendiente de todo lo que él va haciendo.

Por lo cual he decidido, y lo tengo ya resuelto, no volver más por tu casa y buscarte en el paseo, y si tu padre pregunta por qué causa no parezco puedes contárselo todo tal como yo te lo cuento.

Le dices que, por ahora, me hace el jugar mal efecto, que cuando estemos casados entonces ¡ya jugaremos! y que de volver a casa y transigir con mi suegro, si se ha de jugar a algo al escondite sí juego; porque entonces, vida mía, iremos ganando... ¡eso!

FÉLIX LIMENDOUX

Desde la primera caja.

(HABLADURÍAS TEATRALES)

En Guadarrama.



Ya veo, querido Ramón, que te obstinas en permanecer, contra la opinión de los que bien te queremos, en ese «montón de nieve perpetua»—como llamó al puerto de Guadarrama un periodista *adjetivista*—y que de nada sirven los buenos consejos y las desinteresadas recomendaciones.

Entiendo que todo tiene sus encantos, pues á ese apartado rincón de Castilla no llegará el eco de Gamazo, de su discurso quise decir, ni las quintillas de Cabestany, quien para desgracia de todos ha abandonado el silvelismo por las letras, ni los gallos de Biel, que de tenor heroico se nos ha convertido en ave de corral, al decir de los inteligentes.

Pero á Biel, á Gamazo, á Cabestany con su hidrofobia histórica, que ni respeta á Nerón ni le conmueven las desdichas de la reina Isabel, á cualquiera soportaría

yo antes que sufrir las caricias de ese vientecillo del Guadarrama, que como punta de alfiler se clava en el rostro y humedece los párpados.

«Si aquí nieva, que será en la sierra», digo yo, cuando salgo de algún teatro, arrebujaado en mi capa, dando diente con diente. Y entonces, paisano de mi alma, me acuerdo de tí, de tu mujer y de los infelices que viven en ese rincón de Castilla.

—Lo prefiero todo á Gamazo—dirás tú.

Lo creo, sí, lo creo. Antes que D. Germán, la muerte, venga como viniere; pero, ten en cuenta que después de todo Gamazo habla y nadie le oye y el hombre se consume entre la indiferencia del país *meneando*—como dice con mucha gracia *El Nacional*—sus *extensos pabellones auditivos*.

Repito, mi querido Ramón, lo que en mi anterior te decía. Ven, ven pronto á Madrid. Siento ansias de echar un párrafo contigo y conocer tus opiniones una vez que te pongas al corriente de lo que pasa por estos teatros de Dios.

Quiero que veas y juzgues *Zazá*, obra *maravillosa*, según afirmaron críticos concienzudos, cuando Teresa Mariani nos la presentó en el teatro de la Comedia, por primera vez.

Desearía saber si estamos de acuerdo respecto á *Zazá*.

A mí me parece un melodrama ridículo, hecho con el rabillo del ojo puesto en *La dama de las camelias*. Melodrama *teatralmente* muy bien construido, pero deplorable, infame en cuanto á la forma.

¿Vivirías tú, en una casa de soberbia construcción, en la que un hábil arquitecto hubiese hecho un soberano alarde de pericia en la distribución de habitaciones, pero donde no encontraras ni para un remedio una mediana cama para dormir, una pequeña cocina para guisar, ni una silla miserable donde sentarte?

¡Qué edificio tan hermoso! ¡Que *interior* tan deplorable!

Al cazador que logre coger, viva ó muerta, una idea cualquiera en *Zazá*, le adjudicaría yo un premio de honor, por su privilegiada puntería. ¿A qué no se presenta ninguno?

Sí, Ramón de mi alma, *Zazá* es una obra *vacia*. Por eso se explica el gran éxito que tuvo al representarse en francés é italiano. En ambos idiomas, que no entendíamos, ninguno,—los críticos tampoco—se apreciaba el armazón de la obra, lo admirable del *esqueleto*: de la forma, ni una palabra. Éxito grande, extraordinario.

Ahora, al verla representada en castellano, descubrimos la falta de médula y decimos ó mejor dicho dicen, los entusiasmados de ayer:

—Este *golpetazo* es motivado por la ejecución. No se comprende que *Zazá* en francés ó italiano sea hermosísima, y en español resulte una mujerzuela de infima categoría. La culpa es de la Pino que no ha sabido encarnar el personaje.

No, Ramón de mi alma. Tú sabes que la primera actriz de la Comedia no es santo de mi devoción, cuando *toca* papeles dramáticos, sin embargo, te confieso que en el primer acto de *Zazá* nada tiene que envidiar ni á la actriz italiana, ni á la actriz francesa. Puestas las tres en línea, no sería Rosario Pino la que se quedase la última haciendo el primer acto de *Zazá*. ¡Un prodigio de observación, de naturalidad y de realismo!

A mi juicio es el trabajo de mayor mérito, de *mayor avance*, entre los realizados por nuestros artistas en lo que va de temporada.

¡Lo que yo me reí la noche del lunes en la Comedia! ¡Qué cosas se decían en el *foyer*, durante los intermedios!

—¡Oh, Rejanel! ¡Oh, Mariani! Esta, una desdichada.

Verdad es que aquellas no hablaban claro, y algo bueno debían decir cuando *Zazá* se había hecho en París doscientas noches.

La crítica se ha mostrado poco justa con la señora Pino. ¡Han confundido el fracaso de la obra, con el trabajo de la actriz y allá, al abismo, todos confundidos!

Zeda, con muy buen sentido y distinguiendo mucho, dice:

«De la ejecución, pocas palabras. Sin embargo, sería injusto no hacer constar que la señora Pino puso en el desempeño de su papel todo su talento, que no es poco, y todo su instinto artístico, que es mucho. Luchaba, no sólo con el recuerdo de dos grandes artistas, sino con la ley que tan bien expresa el vulgar adagio: «Quien da primero da dos veces».

Así y todo, Rosario Pino hizo anoche obra de arte serio y sincero, ni ñoñerías ridículas ni cinismos exagerados. En lo tocante á la expresión de ciertos atrevimientos, supo mantenerse siempre dentro de los límites que tolera la susodicha resistencia de nuestro público».

Esta es la verdad, paisano de mi vida. Esta vez ha puesto *Zeda* el dedo en la llaga.

Pero yo quiero que vengas y juzgues por cuenta propia. Me da el corazón que hemos de estar de acuerdo.

Te prometo, no obligarte á ir al Español, en donde *Nerón* comienza esta noche á hacer barbaridades. Pasaremos por la puerta y no entraremos en el clásico coliseo.

Y te permitiré, si lo deseas, inclinarte ante la estatua de Don Pedro, que bien merece este homenaje, el desdichado que por fuerza, tendrá que oír varias noches, á través de la niebla, endecasílabos de Cabestany.

UN PAISANO DE RAMÓN

El músico.

Se pasa uno un mes buscando un asuntillo cualquiera,

que sirva de base para escribir una zarzuela en la que haya situaciones cómicas, de mucha fuerza; donde la primera tiple pueda lucir cuanto tenga y además el actor cómico halle ocasiones diversas para lucir ante el público sus facultades soberbias, ya dando saltos mortales con muchísima limpieza, ya imitando al buey, al perro, ya haciendo el burro en escena.

Luego está uno dos semanas sin paz, sosiego ni tregua, escribiendo redondillas y romances y cuartetas, procurando sobre todo que no haya un ripio siquiera, porque hay quien va á los estrenos armado con escopeta, y apenas salta algún ripio, ¡pum! le dispara á la cresta. ¿Que termina usted la obrita? Pues al músico con ella, y aquí comienzan, ¡oh dioses!, las fatigas del poeta.

—¿Puedo empezar?

—Sí, querido; empiece usted cuando quiera. (Enciende uno un cigarrillo, saca el ejemplar, y empieza de este modo):—*Los misterios de un sotabanco*, zarzuela en un acto.

—¿En prosa ó en verso?

—En verso.

—Yo la quisiera en prosa.

—No escribo en prosa, porque tiene más defensa el verso.

—¡Qué disparate!

Todas las obras maestras están escritas en prosa. —Cíteme usted alguna de ellas. —*Consuelo*, *La vida es sueño* el *Tenorio*... ¿qué más pruebas?

—¡Uf! Esa escena es muy larga

—¡Qué ha de ser larga esa escena!

—Mil gracias. Eso es decirme

que no entiendo de comedias

ó que no he visto el teatro

ni por dentro ni por fuera,

—Debe usted cortar lo menos

la mitad.

—Si usted se empeña...

—...Telón.

—No me ha disgustado,

si bien la cosa no es nueva y peca de inverosímil en muchísimas escenas; porque á mí, si he de ser franco, no me cabe en la cabeza, que el principal personaje, siendo natural de Cuenca, esté en relaciones íntimas con una chica gallega. Pero, en fin, haré la música y sea lo que Dios quiera.

—¡Hola, maestro!

—Le esperaba

con muchísima impaciencia, porque deseo que hablemos de unas cosas que interesan. Yo quisiera, en vez del dúo, poner unas *carcelevás*, que cantarán las criadas mientras el conde se acuesta. Conque hágame usted un cantable con mucha sal y pimienta. —¡Hombre, por Dios! Pues eso en una escena tan seria, no resulta.

—¿Usted qué sabe lo que dice?

—Pues bien; ¡sea!

—¡Hola, maestro!

—¡Hola, joven!

En el teatro me apremian porque la obra va en seguida. —Bien; pues que tengan paciencia. He reformado el cantable del *duetino*, porque me era del todo preciso, para el desarrollo del tema. El *cantable* que usted ha hecho decía de esta manera:

—«Ay, *Serafín* tú eres mi *edén*.

Llegaste al fin ni dulce bien».

Pues bien; á lo que usted ha escrito he añadido esta coleta.

«*Tilín, tilín,* ¡qué bien, qué bien!

¡*Pin!*

¡*Vin!*

Ande el belén *catapim, catapum*

Chin, chin

¡*Pim, pam, pum!*

Por fin el músico manda la partitura completa; llega el día del estreno, y sucede con frecuencia que le dan á uno una grita que dura semana y media.

MANUEL SORIANO

—No me ha disgustado,

¿Original?...

—Llévame al estreno. Tus amigos afirman que tendrá buen éxito. ¿Verdad, Antonio?
 —Así lo creo, y como yo todos los que conocen la obra.
 —Por esto, mujercita mía, no quiero que vengas. Es una observación comprobada en muchas ocasiones: cuando a los amigos agrada una obra, en el teatro resulta un fracaso. Suelen engañarnos por adulación unos y otros por ignorancia. No reza esto contigo, Antonio: tú eres casi mi hermano, nuestro amigo siempre leal y cariñoso.
 —Puedes creerlo, Andrés.
 —Si así lo deseas—murmuró tristemente la esposa—me quedo en casa. ¿Pero qué me regalarás si triunfas?
 —Por cada aplauso que escuche, te traeré un beso.
 —Me parece muy bien; pero antes de marchar dale a nuestro hijo siquiera uno, a cuenta.
 —¡Y un millón! Por él únicamente los ambiciono. Las deliciosas sensaciones, mis pensamientos más hermosos, nacen al calor de tus caricias, y al dedicárselos a mi hijo le devuelvo lo que fue de su madre.
 Luego besó al niño y se dispuso a salir.
 —¡Ah! no estés inquieta; te advierto que volveré un poco tarde.
 —Quiero saber en seguida lo que suceda; ¿por qué no me mandas un aviso?
 Creyó el amigo muy justificado este deseo.
 —Vamos, curiosilla; vendrá nuestro buen Antonio a darte noticia del resultado en cuanto caiga el telón. ¡Te lo prometo!
 Prefero a la duda la certeza, por desagradable que sea, pensaba el autor encaminándose al teatro.

A veces las apariencias..., por PRÉJELAN



I.—¡Mira, Gastón, qué pródiga ha sido la Naturaleza con aquella rubia!

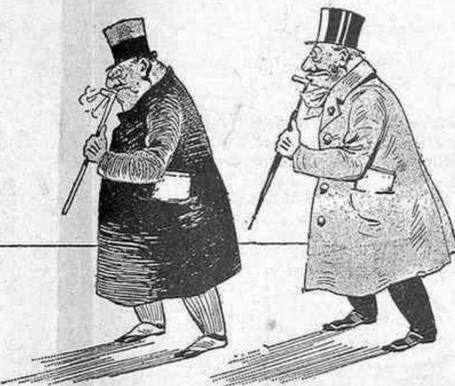
Momentos después de saludar a varios amigos en el *Saloncillo*, contiguo al cuarto del primer actor, presentóse el traspunte preguntando:
 —¿Estamos listos?
 —Cuando quieras, respondió éste.
 Bajó Andrés a escena; la inspeccionó brevemente y colocóse luego a *topes* en la primera caja. Llegaban allí el rumor del público, imponente, confuso como eco de tempestad que alternativamente se distancia y se aproxima, el repique del timbre y, de más lejos, una voz chillona que advertía:
 —¡Se ha empezado!

II

Aplausos y aclamaciones entusiastas resonaron cuando terminó el primer acto. Había entrado el público de lleno en la obra desde las primeras escenas: le convencieron los caracteres, porque todos parecían *vidios*; en las situaciones cómicas, con exquisita habilidad provocadas, se interesó, regocijándose con los chistes, sutilezas y filigranas del diálogo.
 Decayó el interés en el segundo acto. Estaba previsto por el autor; allí no era donde aguardaba él al público, sino en el desenlace.
 Nada tenía el argumento de flamante y moderno. Adulterio: la pobre mujer, que según todas las reglas de la psicología, la ley de herencia, la fisiología, la lógica, y demás ciencias que necia é inútilmente se invocan en tales casos, cae; y el marido, bonachón, fatalmente ciego y ridículo.
 Pero tiene admirables privilegios el genio, y en efecto, al terminar la obra estalló formidable, espontánea, conmovedora la ovación de entusiasmo. Andrés sintióse arrastrado al medio de la escena, confuso bajó la cabeza; vió en el suelo dibujarse una franja de luz que fué creciendo, creciendo hasta que llegó a envolverle en un foco de claridad potentísimo que le aturdió y avergonzaba; dirigió la vista al frente; una masa obscura, informe, frenética vociferaba, se revolvió, le atolondraba; porque atolondra el público cuando ensalza y glorifica lo mismo que cuando abate y destroza; como la fiera, sólo tiene un rugido para expresar su ira ó su cariño.
 Al caer el telón vióse inmediatamente rodeado el autor de amigos, actores, compañeros, tramoyistas, conocidos, desconocidos y coro general. «No esperaba yo menos de usted.» «Admirable.» «Bravo, amigo mío.» «Es una obra maestra.» «Le doy la enhorabuena.» «Es usted un genio.» «Me alegro de verle bueno...» Mientras decían esto, abrazábanle, estrechaban su mano, le daban golpecitos en la espalda, y en la cabeza, y en el vientre y le sobaban de lo lindo.
 —No es para tanto, señores—decía el buen hombre confuso—¡No es para tanto!
 Cuando pudo sustraerse al entusiasmo de sus aduladores, le cogieron cuatro amigos íntimos y lleváronle al café.
 Allí, en confianza, el mejor de todos (hombre acostumbrado a poner las cosas en su lugar, amargando de paso la dicha del prójimo) declaró haber oído a uno de los espectadores que la obra no era original, pues recordaba mucho una comedia francesa, estrenada con éxito en el Odeón.



2.—Audaces fortuna juvat...



Cayó la semilla de la duda. Protestaron indignados los demás. Pero, hasta el autor, que tenía certeza de su paternidad, cuando una hora más tarde descendía del coche frente a su casa, estaba preocupado é iba pensando en el Odeón.

III

Penetró muy quedo en la alcoba, llegó al pie de la cama de su esposa y estuvo largo rato contemplándola. Sentíase orgulloso de su victoria y agradecido a la mujer que le prestó inspiración y alientos para conseguirla: también la gloria, la eterna ilusión de su vida, entregóse a él sin reservas aquella noche; cayó entre sus brazos como mujer ebria de amor, sedienta de caricias, pródiga de su ser, afanosa para el deleite de su amado.
 Se inclinó sobre el lecho para besar su frente y entonces pudo escuchar frases muy vagas, que de sus labios entreabiertos escapábanse rítmicas, confusas, sin expresión; parecían el secreto de un autómeta: «El autor, el autor; que salga...»

Quedan en el cerebro marcadas las ideas que más hondamente nos impresionan, como en el cilindro de un fonógrafo los sonidos que hasta su tersa superficie llegan; al circular la sangre, tradúcense, por extraño fenómeno, los pensamientos en palabras, y éstas brotan inconscientes, pero delatan y determinan, sin duda, un estado anormal de ánimo. ¡Por esto resonaban dentro del corazón de Andrés más halagadoras, entusiastas y hermosas que todas las aclamaciones oídas aquella noche!

—«El autor, el autor—segua murmurando como un suspiro—que salga... Antonio...»

Andrés se irguió de repente sintiendo el escalofrío de la fiebre. ¡No; no había oído mal! Antonio, Antonio dijo!

Volvió a inclinarse colocando sus labios muy cerca de los de aquella mujer, como si fuera a recoger la confesión y el último aliento de una moribunda:

—«¿Que se ha enterado? No lo creas... ¿La comedia era lo mismo?... pues yo te quiero, te quiero... siempre. ¡Pobrecillo... me cree buena!... ¡Que salga... Antonio!...»

Aquí podía prestarse a larga y amena digresión, el caso cierto de que adorne la mujer al amante con todas las victorias del marido. El triunfo habíase alcanzado en honor suyo, pero el galardón, ella le reservaba para otro.

Andrés sentía por sus venas correr la sangre como agua hirviendo; dentro del cerebro estalló la claridad intensa que había cegado sus ojos en el teatro: recordaba incidentes nimios que pasaron para él desapercibidos; reconstituía escenas, meditaba hechos que juzgó inocentes; de todo y con todo, se agigantaba la duda en cruel certeza despenándola desde la gloria, perseguida con ansia infinita, hasta el infierno de la deshonra...
 Corrió a la habitación inmediata y cayó de rodillas junto al lecho



3.—¡Horror... de Naturaleza!

El que la sigue... se estrella, por SANTANA BONILLA



de su hijo. Observó su rostro con ansiedad, como si le viese por primera vez... ó fuese a verle por última. Y, pasó la noche llorando estúpidamente cerca de la cuna de aquel niño.
 ¡Estúpidamente, como si le hubiesen pateado su obra más hermosa!

ALBERTO LOZANO

Cuento viejo.

Cierto obispo que giraba la visita pastoral, en carruaje viajaba y éste a buen paso cruzaba un camino vecinal.

De pronto para el carruaje y el obispo manda al paje

que averigüe á qué obedece tal parada, que parece impropia en aquel paraje.

El paje vuelve y contesta que por empinada cuesta á subir han comenzado y que el cochero protesta de que no quiere el ganado

por el repecho subir sin ciertas frases oír, de muy dudosa decencia y que acaso su excelencia no consintiera decir.

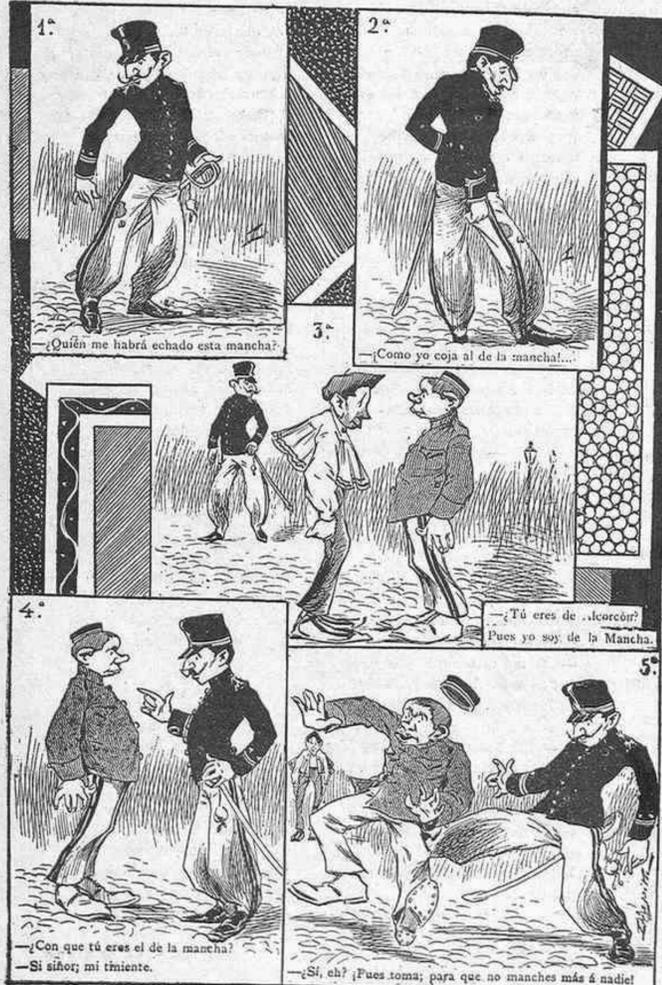
Y no hay otra solución: ó lo andado desandar volviendo á la población, ó más de una interjección y un juramento aguantar.

El obispo se apeó, el cochero suelta dió á sus frases mal sonantes y al cabo de unos instantes el repecho se salvó.

Y desde entonces acá cuando el obispo de viaje por aquel camino va, si se detiene el carruaje pregunta: ¿me apeo ya?

JULIO G. HERNÁNDEZ

Cuento militar, por CÁSPITA



1.—¿Quién me habrá echado esta mancha?

2.—Como yo coja al de la mancha!

3.—¿Tú eres de... ¡corcorón! Pues yo soy de la Mancha.

4.—¿Con que tú eres el de la mancha?

—Si señor, mi tñiente.

5.—¿Sí, eh? Pues toma; para que no manches más á nadie!

¡LOS CINCO MILLONES!, por KARIKATO



—Desengáñate, Juana; sería un milagro que me cayesen los cinco millones.
—¿Pero juegas un billete entero?
—No, mujer; llevo dos pesetas con los de la oficina. Por eso te digo que sería un milagro que me tocara el millón de duros.

Botones de fuego.

El «mantenedor» en el Ateneo de Madrid de que la forma poética está llamada a desaparecer, tesis tan célebre por lo que ha hecho «de reir» como la lenta, pero continua desaparición, etc., etc., mas no memorable como dice su propio padre, ha publicado un libro cuajado de sonetos, impresos con pulcritud, en buen papel (¡el papel vale más!) y esmeradamente encuadernados en rústica, bajo el título de *Botones de fuego*.

El Sr. Ruiz Martínez, — así se llama el autor de estos sonetos y el promovedor de aquella discusión que no es memorable sino de regocijado recuerdo, — probando, por lo que á él toca, que la forma poética está llamada a desaparecer á fuerza de malos tratos, ha escrito en el transcurso de nuestras contiendas con Cuba, Filipinas y los yanquis una serie de sonetos, que si no son botones de fuego, según quiso el Sr. Ruiz Martínez, poco les falta, pues le arde el pelo á quien los lee.

El distinguido ex-senador por Chipiona (él es ex-senador de por allá abajo) se ha tentado la ropa antes de publicar sus cien mil sonetos — puede que no sean tantos; pero el terror aumenta el peligro — y los ha escrito un prólogo en el que pide perdón por ellos en gracia del buen propósito.

Yo no creo que fuera necesario pedir perdón, lo único que hubiera estado en su lugar era la advertencia de que él, el autor de la forma poética, etc., consecuente con sus principios, se había metido á hombre de acción y la había descalabrado.

Otra excusa da el Sr. Ruiz Martínez por haberse atrevido á tanto, ó con tantos sonetos, y es que aquí todo sigue lo mismo que antes: la legislación caótica, arcaicas instituciones armadas, y... son sus palabras, la administración alimenticia.

Yo opino que el Sr. Ruiz Martínez creyó que escribía el final de un soneto al llamar alimenticia á la administración, pues de otro modo no se explica ese fantástico adjetivo.

También pudiera ser una errata, pero eso no es creíble tratándose del Sr. Ruiz Martínez, un hombre tan enérgico que llama á los sonetos botones de fuego. ¡Qué revulsivo no sería él capaz de aplicar á una letra vuelta ó á una palabra trabucada!

El Sr. Martínez llama alimenticia á la administración por convencimiento arraigadísimo.

Contra todos los males que por culpa de nuestros pecados pesan sobre nuestras costillas, el digno ex-senador no ha encontrado otro remedio que aplicar á derecha é izquierda botones de fuego, ¡ah, cruel! ¡y en sonetos! ¡y algunos quizá — no estoy seguro — con estrambote!

Este buen señor, no se crea por lo que va dicho, que es cruel por naturaleza, no hay tal, es que en su modesta *terapia* no ha encontrado otro medio para poner á su país más sano que una manzana que «abotonarlo». ¡Santiago, y abrocha á España!, se ha dicho. Y yo me digo, ¿qué es terapia? En todos mis Calepinos no encuentro modo de salir de la duda. ¿Terapia? ¿Terapia? Terapia, que yo sepa, es un pueblo que cae cerca de Constantinopla... Mas no es esta terapia la del Sr. Martínez. ¿Terapia? ¿Si caerá por San Carlos y el Sr. Ruiz Martínez se ha perdido en el camino?

Y se acabó el prólogo y comienzan los sonetos.

*Me dices, Juan, que soy mal patriota
y que no es misión digna del poeta
empuñar pesimista la palmeta.*

¿Empuñar pesimista la palmeta? La palmeta se empuña airado, ó para dar palmetazos, que es lo corriente; ¿pero pesimista? Yo he tenido un maestro, ¡buen poso hay!, el hombre más optimista nacido de mujer y ¡si viera usted Sr. Ruiz Martínez qué manera tenía de empuñar la palmeta? ¡Todavía me arden las palmas de las manos!

El pesimismo no influye en el reparto de palmetazos, influye el genio, la travesura de los chicos, las condiciones climatológicas y otras mil causas y concausas, pero el pesimismo es ajeno, completamente ajeno, al acto de empuñar el ominoso artefacto llamado á desaparecer del cuadro de las penas pedagógicas. ¿Por qué no escribe usted un par de gruesas de sonetos contra eso y se captará el agradecimiento de los muchachos?

Veo que no estoy conforme con sus sonetos. Sigamos.

*Conozco y no me inquieta
tal lenguaje; merced á esa receta
las pobres musas van de capa rota.*

Es de creer, según todas las probabilidades, que las musas anden por ahí de capa caída, lo cual no pasa de un decir, con el cual se da á entender que les va mal, pero que vayan por el Parnaso de capa rota no puede achacarse sino á que el Sr. Ruiz Martínez confunde «sus locuciones», ó que lleva tan allá su mal querer á la forma poética que hasta le cuelga esos pingajos.

Pero, en fin, quédese aquí esto, aunque el primer soneto siga.

Yo me duermo...

Entre ronquidos. ¿Con qué las musas van de capa rota? ¡Tapal! ¡Y qué cosas se les verán en los cien mil sonetos del Sr. Ruiz Martínez! ¡Cerrad ese filtro envenenado!

Despertando. ¡Qué horrible pesadilla! ¡Pesadilla de capa rota y de administración alimenticia! ¿Qué terapia aplicarla? ¿Botones de fuego? ¡Oh, nunca! ¡Enviarlos al tendero de comestibles por la mitad de su peso específico!

TOMÁS CARRETERO

CALAVERADA, por MÉNDEZ ALVAREZ



—Veo que tu caballo está flacucho y descolorido.
—Calla, hombre. Si es el calavera mayor que conozco. Figúrate que se pasa todas las noches en vela á la puerta del Casino.

R a s g u ñ o s .

Perturba el arte, á veces, la conciencia, cuando se cree imagen de la vida por quien suple la falta de experiencia con el afán de poseer la ciencia que ha sido siempre fruta prohibida.

Por eso tanto Inés se compromete y ha de tener, si Dios no lo remedia, un desengaño, al fin, de rechupete; porque estudió el amor en el sainete y no estudió el honor en la tragedia.

Come y bebe, y permite que beba y coma. ¿Que el amor alimenta? ¿Que tontería! Ya decía un proverbio que había en Roma, que, sin Baco y sin Ceres, Venus se enfra.

Margarita de Escocia, real *Mecenas* de un Alano Chartier, que hacía coplas, hallándole dormido cierto día, le dió un beso en la boca. Si te gustan mis versos, como dices, y, en verdad, quieres ser mi protectora, sigue el augusto ejemplo de la reina Margarita de Escocia.

De mujer pública tratas, con desprecio, á tu vecina; tú, serás mujer privada, pero de nada te privas.

—Mi amor fué delirio. —Mi amor fué locura.
—Yo fui tu capricho. —Yo fui tu tesoro.
—¡Como un meteoro pasó mi ventura!
—Pasó tu hermosura como un *saca-oro!*

Como todas las grandes pecadoras, la divina Consuelo vuelve la vista al cielo, á ciertas horas, y siente un gran placer mirando al cielo.

NICOLÁS DE LEYVA

LIBROS RECIBIDOS

MEDALLONES.—Colección de poesías de S. González Anaya. Un soneto; prólogo de Emilio Ferrari. Precio 2 pesetas. Merece comprarse.

CUENTOS, por Joaquín Dicenta. Es el segundo volumen de la Biblioteca *Páginas de oro*, y hay que confesar, que al menos por esta vez, está justificado el título, pues páginas de oro son los cinco cuentos que publica del celebrado autor de *Juan José*. Precio, 25 céntimos.

CUENTOS BATURROS. Así se titula el nuevo libro que acaba de publicar nuestro distinguido colaborador Alberto Casañal Shakerly, *especialista* en esta clase de trabajos, muchos de los cuales han honrado las columnas de este periódico.

El libro, primorosamente ilustrado por J. Ibáñez, y editado con lujo, se vende á una peseta.

La Redacción de *El Cantábrico*, de Santander, ha tenido la buena idea de coleccionar las saladísimas *Pacotillas* de su Director, el popularísimo (y no es abusar de los superlativos) Pepe Estrañi, como todos le llaman, y publicarlas por tomos, de los cuales hay ya tres puestos á la venta. La colección constará de doce volúmenes, á peseta cada uno.

No hay más remedio que comprarlos.

PARÍS AL DÍA, por Luis Bonafoux.—Como todo el mundo sabe el ingenio que á diario derrocha en sus crónicas y artículos nuestro antiguo colaborador, excusamos tributar alabanzas á su último libro, que recomendamos á nuestros lectores.



L. M. H.—*Valladolid*.—Efectivamente, «hace falta ser diestro»... para dibujar y *velay*, no sirve.

J. P. B.—*Madrid*.—No se admiten *refritos*.

A. M.—*Madrid*.—Esos chorizos *inconscientes* son im... publicables.

J. A. P.—*Madrid*.—Cantares baturros no. Y si no tienen gracia menos. R. PIPÓN.—*Almería*.—Hombre, sí, tiene usted razón. No puede darse, ni en el país de las extravagancias, un poeta tan raro como usted. Pero como en España las cosas exóticas no arraigan, debe usted dedicarse á otra cosa. A empujar vagones con el hombro, por ejemplo.

LÚCULO.—*Madrid*.—*Billeteje* con V y *areópago* con h, son dos licencias ortográficas, que sólo les está permitido usar, á los *hareópagos* *incunables*, como usted dice. ¡Cuánta barbaridad!

A. X. V.—*Murcia*.—Se aprovechará algo. Mande la firma.

PALITROQUE.—*Zaragoza*.—¿Por qué llama usted parlera á la cervatilla? Debe usted estar equivocado. Cervatilla y ave canora no es lo mismo. ¿Conoce usted lo de las plumas de gacela de Balaguer? Pues aplíquese el cuento.

MIRMIDÓN.—*Montilla*.—Me place *La Copa del filósofo*. Se publicará. R. G. M.—*Madrid*.

A una mujer que está pura no se besa con los labios.

Pues se la besa con los labios ó no se la besa, A no ser que quiera usted besarla con la boca del estómago.

R. M. S.—*El Carpio*.—

Tu poesía, *¡Aquí estoy!*
Aquí no publicarás.

¡Ay de ti si al Carpio vas!
¡Ay de ti si al Carpio voy!

R. O.—*¡Falso!*... no es que aludo á la poesía que me remite. Llamo falso, su modo de versificar.

L. M. y P. T. A. K.—*Sevilla*.—¡Lástima que el tiro de sangre esté llamado á desaparecer!

PIPELÓN.—*Madrid*.—Vaya el primer cantar

Rodando por el mundo estoy sin que nadie se me apiade que triste es vivir en el mundo sin el calor de una madre

y sin sentido común, sobre todo.

LA FETIDEZ DEL ALIENTO, el mal olor de la boca causado por enfermedades del estómago, por la mala constitución de la nariz ó por el uso del tabaco, se neutraliza por el uso constante del *Licor del Polo de Orive*, el mejor dentífrico del mundo, preferido por la aristocracia y el que ha desterrado de los tocadores á todos los dentífricos extranjeros. 1.º premio en el IX Congreso de Higiene.

KATIPUNAM.—*Barcelona*.—Entendido. Si piensa usted seguir esos «impulsos de su corazón» procure aconsonantar en romances porque si se entera Gamazo puede darnos un disgusto. Él, que es un *asonante* de tomo y lomo.

M. M. N.—*Burgos*.—Verá usted.

En llegando á la aldea de mis ensueños te diré vida mía lo que he pensado y tú ruborosa me podrás responder «—Has acertado».

Bueno. ¿Pero y si ella le dice á usted que *nones*? ¿Y si se lo digo yo? Lo mejor es que no llegue usted á esa «aldea de sus ensueños».

COQUINERA.—*Sevilla*.—¿Charadas á estas alturas? Usted ha bebido algunas copitas de más.

RAMPOLLA.—C. B. O.—X. X.—*Madrid*.—L. M.—*Oviedo*.—K. P. G. A.—*Valencia* y R. H. P.—*Logroño*.

Nada sirve, nada sirve, perdonad el laconismo, pero estoy ya hasta los pelos de artículos y versitos. ¡Que semana, Virgen Santa! ¡Que semana! Santo Cristo.

Rogamos á nuestros suscriptores de provincias y de América, cuyos abonos terminan en fin del corriente, se sirvan renovarlos con oportunidad, para que no sufran retraso en recibir el periódico.

MADRID: 1900.—Ricardo Fé, impresor, Olmo, 4.

Casa fundada en 1730.

PEDRO DOMECCO

Jerez de la Frontera.

REPRESENTANTE EN MADRID:

D. José García Arrabal,

MONTERA, NÚM. 12, 2.º

Puntos de venta de los vinos de Domecco:

Alcalá, 17; Barrionuevo, 6; Barquillo, 12; Hortaleza, 15; Mayor, 32; Montera, 55; Paseo de Recoletos, 21; Peligros, 10 y 12; Preciados, 8; Sevilla, 16, y en todos los principales ultramarinos y almacenes de vinos.

MADRID
Tres meses, 2,50 ptas.—Seis id., 4,50.—Año, 8.

PROVINCIAS
—; Semestre, 5 ptas.—Año, 9. —;

Anuncios españoles: Ptas. 0,25 línea de 45 mjm

Madrid Comico
OFICINAS: CONCEPCIÓN JERÓNIMA, 10

UNION POSTAL
—; Un año, 15 pesetas. —;

VENTA
Número corriente, 0,15; atrasado, 0,25
Anuncios extranjeros: Ptas. 0,35 línea de 45 mjm

USE USTED



ECHEANDIA
2, Arenal, 2.

TALLER DE
FOTOGRAFADOS

DE
PABLO SANTAMARÍA

Clavel, 1, Madrid.

ESPECIALIDAD EN CLICHÉS COMBINADOS
PARA TIRADAS EN BICOLOR, TRICOLOR
Y CUATRICOLOR

PÍDASE CATÁLOGO ILUSTRADO

BERNABÉ MAYOR

3, ESPARTEROS, 3

MADRID

Almacén de material y aparatos
para telefonía, telegrafía, campani-
llas, pilas, hilos cables, pararrayos,
etcétera, etc.
Ferretería, metales, utensilios de
cocina.

LUZ ELÉCTRICA

Catálogos ilustrados gratis.



SERVICIOS
FÚNEBRES
La Soledad
DESENGAÑO - 10.
TELÉFONO
205

Hay Cobrador práctico, activo,
conocedor de moneda y afianza-
do. Además presentará informes de
primera, por ser muy conocido en la
plaza. *Atocha, 38, LA PERLA CHINA,*
darán razón.—T. M. C.



JUAN ANTONIO CEREZO É HIGUERA

Se compran y venden máquinas de
coser y se componen todos los siste-
mas. Se garantizan las ventas y com-
posturas.

42, Toledo, 42

EL
ESTÓMAGO ARTIFICIAL
Ó POLVOS DEL DR. KUNTZ

Este **REMEDIO**, bajo la forma de **POLVOS**, puede titularse **MARAVILLOSO** por lo **RADICAL** de sus curaciones y sus componentes están combinados con arreglo á la última palabra de la ciencia. Todos los enfermos se curan, por crónica que sea la dolencia. Nunca falla. Triunfa siempre, aun en los casos más rebeldes. **Enfermos** hay que se han curado con una sola caja. Comprobado este remedio en la clientela privada de distinguidos médicos, podemos asegurar el **ÉXITO** cada vez que se tome. No daña, por mucho que se use. No hay **Dispepsia, Gastralgia ó Diarrea** que resista al **ESTÓMAGO ARTIFICIAL**. Cuando han fracasado todos los demás *digestivos*, el único remedio positivo que puede devolver la salud es el **ESTÓMAGO ARTIFICIAL** ó **POLVOS DEL DR. KUNTZ**.

CURA las dispepsias estomacales en sus dierentes formas **atónica-catarral flatulenta** y la dilatación de estómago, haciendo desaparecer el peso en el estómago, llenura, la hinchazón de **vientre**, los eructos agrios ó acedías, gases, **sed** después de las comidas, pesadez de cabeza, vértigos, mareos, ansiedad, soñolencia, opresión, repugnancia á las comidas, etc., bien proceda de comer alimentos pesados, exceso de alimentación, exceso de vino y alcohólicos, hábito sedentario y vida poco activa, falta de reposo después de comer ó hacerlo bajo la influencia de disgustos morales que preocupan el ánimo, ó comer precipitadamente, como los empleados, hombres de negocios, etc., y toda persona que trabaje mentalmente después de las comidas.

CURA las dispepsias intestinales, cesando pronto las **DIARREAS** con ó sin cólicos ó pujos por antiguos que sean; hace desaparecer el olor fétido y restablece la normalidad del intestino, produciendo deposición natural; tal efecto lo realiza **EL ESTÓMAGO ARTIFICIAL**, porque destruye los **microbios** productores de la infección intestinal, adquirida, bien por mala calidad de alimentos y de las aguas de beber, insalubridad del terreno, casa ó lugar donde se habite ó predisposición individual á infeccionarse: así todo estado **diarréico** debe ser tratado por **EL ESTÓMAGO ARTIFICIAL**, el cual actúa también como **Preventivo**.

CURA la **disenteria** con flujo de sangre, diarrea catarral con ó sin mucosidades, por crónica que sea, evitando adquirirla á las personas que anualmente la padecen.

CURA la **gastritis, gastralgias y catarro crónico** del estómago, biliosidad y el **estreñimiento** por falta de secreción biliar, suprimiendo la **flatulencia** ó desarrollo de gases procedente de la fermentación del alimento en el estómago é intestinos.

Se vende en las principales farmacias y droguerías á ptas. 7,50 la caja; 4 ptas. la media caja, y en la farmacia **Gayoso** (sucesor de M. Miquel), Arenal, 2, Madrid, y **Centro de Especialidades**, Rambla de las Flores, 4, Barcelona. **BUENOS AIRES**: Manuel Matesanz, Avenida de Mayo, 1.080. **MONTEVIDEO**: Manuel Matesanz, calle Yí, 303.^a—VA POR CORREO.—PÍDANSE FOLLETOS.

MATÍAS LÓPEZ.—Chocolates, Cafés, Dulces.—Oficinas: Palma Alta, 8.—Depósito: Montera, 25.